



Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 299 – 24 de octubre de 2017

## En este número

### Te ofrecemos

1. **Un minuto de gloria**, *Emilio Álvarez Frías*
2. **Maruja con estelada**, *Manuel Parra Celaya*
3. **El 155 se ha puesto, por fin, en marcha**, *José M<sup>a</sup> García de Tuñón Aza*
4. **España irrevocable**, *Manuel Parra Celaya*
5. **El legado de Puigdemont**, *José Ignacio Moreno Gómez*
6. **En España empieza a amanecer**, *Javier R. Portella*
7. **Stanley G. Payne, sobre Cataluña**, *El Manifiesto*
8. **Sacar los tanques... del Báltico**, *Sertorio*
9. **Entender la cuestión catalana**, *Arnaud Imatz*

## I

### Un minuto de gloria

**Emilio Álvarez Frías**

**N**o cabía esperar otra reacción. Puigdemont, que se siente rodeado por todas partes, pensaba que todavía tenía una cuerda por la cual escapar deslizándose con nocturnidad. Pero hasta la cuerda le ha fallado y ahora está revolviéndose desesperado con las últimas artimañas que le quedan: seguir mintiendo sobre la bondad de su república, continuar propagando que él responde a las leyes y es el Gobierno de la nación el que se las salta a la torera (justo lo contrario a lo que sucede, además de hablar de diferentes leyes) y se perece por enardecer a las masas. Pero me da que le va a servir de poco. Que la operación de dismantelar la nave pirata está totalmente planificada y solo cabe esperar que sepan o quieran llevarla a cabo con el rigor que merece, la misma sangre fría mantenida hasta ahora –mientras el Gobierno estaba al tanto de los movimientos de los secesionistas– y la justicia actúe.

Porque, digo yo, que no sé nada de estas cosas, con las declaraciones que hasta ahora ha hecho Puigdemont y las variadas incitaciones a las masas, que le responden cada vez un poco menos al parecer, la Fiscalía General del Estado, o la de Barcelona, ya tenían que haber presentado ante el juzgado correspondiente el oportuno expediente para ser imputado de unas cuantas cosas feas y probablemente metido en una celda de Soto del Real para, en la tranquilidad de la espera, fuera preparando el siguiente manifiesto a sus seguidores. ¡Menuda faena le hizo el señor Arturo Mas promoviéndolo a Presidente de la Generalidad! Claro que ello le ha servido para tener su minuto de gloria. Y, según las últimas noticias, validarlo en el Senado de la nación defendiendo su planteamiento de la república catalana.



Ahora, nueva espera mientras transcurren los plazos para poder ir cubriendo los trámites que

marcan las leyes. Ello servirá para preparando los equipos que han de ir a cubrir los puestos que sean necesarios de acuerdo con las acciones que se tomen. Curiosamente, en unos números atrás de la *Gaceta*, pocos, ya decíamos que una buena cantidad de funcionarios deberían haber tomado el AVE para hacerse cargo de los departamentos que sin duda quedarían descabezados al tomar las medidas que estaban cantadas en la oportuna intervención. Se van a retrasar un poco. Así hacen la maleta más despacio.

Nosotros nos quedamos en casa, nos pesan todos esos tejemanejes, son para gente más joven. Nos conformamos con nuestros paseos diarios para otear el ambiente, disfrutar del tiempo, sea de sol radiante o un tantico mortecino, y rezar por nuestra patria. Sin olvidar la compañía del botijo, que hoy de cerámica un tanto grotesca salido de los alfares de Andújar, localidad de amplia historia y en los enclaves de Sierra Morena.

2

## Marujas con estelada

Manuel Parra Celaya

**E**l término tiene ya cierta antigüedad en el lenguaje coloquial, por lo menos sus treinta añitos, que ya implica cierta madurez hasta para las palabras. Gómez Torrego (*El léxico en el español actual; uso y norma. 1995*) decía que *es fiel reflejo de la actitud de la sociedad contra las mujeres que desempeñan sus trabajos como meras amas de casa*; y amplía la información, afirmando: *con las connotaciones del cotilleo, de la afición a los culebrones o a las revistas del corazón*. Sin embargo, para mí que el origen del vocablo está en los personajes del genial Forges.

Nunca me ha gustado utilizar la expresión de forma generalizada, porque siento un inmenso respeto por la denostada profesión que antiguamente se concretaba en las siglas S/L (sus labores), pero el intensísimo *culebrón* del separatismo en Cataluña y su DUI me obligan a dar a la palabreja un inesperado giro político-sociológico.

Porque, queridos lectores, el abigarrado mundo secesionista está pleno de *marujas* y de *marujos*, no cesa de *marujear* incesantemente en torno a su monotema, hasta el punto de que su principal actividad –aparte de seguir con fruición la eterna partida de ajedrez entre Puigdemont y don Mariano– es el *marujeo*. No obstante, con permiso de las feministas de la CUP, me circunscribiré al ámbito femenino.

Así, reputo de *marujas con estelada* a esas señoras que aporrean casi cada noche sus cacerolas de forma desacompasada e inmisericorde, con el riesgo de privar a sus respectivas parejas (no diré *maridos*, por mor de la diversidad existente) de unos succulentos fideos a la cazuela.



Son *marujas con estelada* quienes se acercaban, rozando la promiscuidad, a los guardias civiles y policías nacionales en los supuestos colegios electorales el 1 de octubre; como ejemplo paradigmático, puede señalarse a aquella señora que aireó a los cuatro vientos que *le habían roto, uno a uno, todos los dedos de la mano derecha*, y que, además, *le habían tocado las tetas*. Dejo a la labor de un psicoanalista esta última consideración y me limito a volver a visionar el vídeo completo de la peripecia, en el cual se advierte cómo la *agredida* salía tan campante del local y, horas más tarde, aparecía con un vendaje en la mano izquierda.

Siguiendo con la prueba de los vídeos –profusamente difundidos en las redes para que nadie se llame a engaño– debe de ser una *gran maruja con estelada* cierta señora, entradilla en años, que

tuvo que ser portada, a lo Gandhi, por dos forzudos guardias, y que era la misma que aparecía en la manifestación del 11 de septiembre cogida del brazo del Sr. Otegui, protector de viudas y huérfanos como es sabido.

Son *marujas con estelada* las asistentes a esas marchas con antorchas para pedir a los jueces la libertad de *los Jordis* por la Diagonal de Barcelona; en realidad, lo que llevan son velas, signo inequívoco del origen clerical de la idea (¡esos 200 curas y diáconos, más los señores obispos!) o de un fallido intento de evitar comparaciones con fotos históricas de la Alemania de los años 30. Por cierto, que no fueron precisamente *marujas* quienes, al día siguiente, tuvieron que limpiar esa avenida barcelonesa, tras resbalones y caídas de motoristas y peatones: fueron los ímprobos empleados de los servicios de limpieza de la señora Colau, que mascullaban por lo bajini sus opiniones sobre la citada marcha reivindicativa y liberadora; es decir, los separatistas siempre haciendo amigos...

Son *marujas con estelada* esas maestrillas que narran a los niños espantosos cuentos de un *rey malo* y de unos *policías asesinos*, o que hacen dibujar mapas con la *república de Cataluña* separada de España.

Debe de ser una *maruja con estelada* cierta señora que se dedicaba anteayer a increpar a un soldadito que hacía guardia cerca de Capitanía y le decía que *se fuera de Cataluña con ese uniforme y con esa arma*; me imagino que prefería a los mozos con turbante y *kaláshnikov* en la mano por algún motivo.

Son *marujas con estelada*, en fin, todas (y todos) quienes se tragan la colección de falsificaciones históricas, victimismos de teatrillo de feria, silencios aparatosos, mentiras y mitologías, todo eso que difunde sin rubor el separatismo en Cataluña, como esa pobre chica llorosa –otro vídeo de impacto y actualidad– que describe las atrocidades de la policía y que algún guasón ha ilustrado con el fondo de las imágenes de *Terminator*.

Y es que las *marujas con estelada* son cansinas y repiten como la cebolla (*ceba*, en catalán)...

3

## El 155 se ha puesto, por fin, en marcha

José M<sup>a</sup> García de Tuñón Aza

**U**n buen amigo mío, catalán por los cuatro costados, me decía que unas próximas elecciones en Cataluña las ganaría *Esquerra Republicana de Catalunya*. Partido al que, como el lector sabe, pertenecieron los independentistas Francesc Macià, quien, el 14 de abril de 1931, después de las elecciones municipales, que dieron la mayoría a su partido, proclamó la República Catalana desde el palacio de la Generalidad, creando de esta manera un conflicto con el Gobierno provisional de la reciente República. Vinieron después las negociaciones en las que se acordó que Macià renunciaba a la República Catalana a cambio del compromiso del Gobierno provisional de que éste presentaría en las futuras Cortes Constituyentes un estatuto de autonomía para esa parte de España, y que su Gobierno utilizaría en adelante la denominación de *Generalitat*. A la muerte de Macià, diciembre de 1933, le sustituyó Lluís Companys quien, siguiendo los pasos de su antecesor, proclamó también la República Catalana el 6 de octubre de 1934, Alejandro Lerroux, entonces presidente del Gobierno de España, dice que llamó al general Batet, que mandaba la división de Cataluña, quien «Se puso a disposición del Gobierno. Cuando le di la



orden de declarar el estado de guerra y asumir el mando, me preguntó en qué plazo. Le concedí cinco minutos para proceder a ejecutar las órdenes del Gobierno. Me contestó que mandaba en el acto redactar el bando y formar el piquete para salir a publicar la proclamación. Dejé a su criterio la manera militar de sofocar y reprimir la rebelión sin perder momento y le encargué que me comunicase el cumplimiento de mis órdenes». Lluís Companys, y todo su *Govern*, terminaron en la cárcel acusados de rebelión.

Días después, el escritor catalán, posiblemente el más leído y popular de todos los tiempos, Josep Pla, escribía en *La Veu de Catalunya* el 11 de octubre de 1934: «Los hombres de Esquerra que gobernaban en la Generalitat de Cataluña, a pesar de la magnífica posición de privilegio de que disfrutaban dentro del régimen, privilegio que no había conocido nunca ningún partido político catalán, han creído que tenían que ligar su suerte a la política de los hombres más destructivos, más impopulares y más odiados de la política en general. Se han equivocado, y lo han pagado caro».

Una vez muerto Franco, regresó a España Josep Tarradellas, también de *Esquerra Republicana de Catalunya*, que presidió durante cerca de tres años el primer gobierno de unidad de la *Generalitat* restaurada. Era el año 1977 cuando en el mes de junio Tarradellas se reunió en Madrid con el rey Juan Carlos y con el presidente del gobierno, Adolfo Suárez. Siguieron las conversaciones, en París, con Salvador Sánchez Terán, consejero de Suárez. Ambos estudiaron las fórmulas que permitieran un restablecimiento provisional de la institución histórica de la *Generalitat*, con funciones concordantes con la legislación de aquel tiempo.

El BOE de 5 de octubre de 1977, publicaba un Real Decreto sobre el establecimiento provisional de la Generalidad de Cataluña que comienza diciendo: «La Generalidad de Cataluña es una institución secular, en el que el pueblo catalán ha visto el símbolo y el reconocimiento de su personalidad histórica, dentro de la unidad de España...».

Ahora si todo llega a buen fin, aplicando el artículo 155, que es la travesía necesaria para evitar males mayores en Cataluña, y mi querido amigo catalán acierta en su pronóstico y las elecciones próximas las gana *Esquerra Republicana de Catalunya*, cuya cabeza visible hoy, es Oriol Junqueras, es de esperar que aprendan la lección a la que se refería Josep Pla y no hagan caso a la presidenta del *Parlament*, Carme Foncadell, también de Esquerra, quien acaba de declarar, con una enorme falta de visión política, «que el presidente Rajoy ha traspasado todos los límites con el anuncio de un golpe de Estado de facto».

4

## España irrevocable (Contestación a Dña. María Elvira Roca Barea)

Manuel Parra Celaya

Desde el primer día de existencia de esta *Gaceta* ha sido norma no incluir más de un artículo de un mismo autor en cada número. Esta es la primera excepción. Y se debe a que, por error nuestro, este artículo que debió ser publicado hace unos números, ha permanecido en el olvido. Consideramos no debemos alejarlo más del trabajo al que hace referencia.

Con todos mis respetos, aplico a su escrito publicado en esta revista en su número 296 aquellas palabras añejas: *no la tuvo Dios en su mano* al proponer que seamos todos los españoles los que votemos sobre si Cataluña debe seguir o no formando parte de España. Porque con esta sugerencia ha ingresado usted -me imagino que sin intención e impulsada por el apasionamiento- en el confuso gremio de los separadores, imprescindible tándem para los separatistas.

Decir que *somos nosotros los que tenemos que decidir si queremos que Cataluña siga siendo española o no* es, de entrada, abrir más la brecha de ese *ellos y nosotros*, que es el lenguaje tan

caro a los segregacionistas; además, aunque sea usted una acérrima defensora del mito de la *soberanía nacional*, se trata de una blasfemia histórica y moral. Las comunidades que se han forjado a lo largo de los siglos han sido edificadas con el esfuerzo de muchas generaciones y no pueden ser objeto manipulable y susceptible de ser destruidas en un momento de versatilidad, de error o de locura de una sola generación mediante un trocito de papel depositado en una urna.

Una nación se debe a lo que otros hicieron antes que nosotros y, sobre todo, a lo que otros harán después; y no es en manera alguna lícito echar al abismo una herencia ni sustraer una potencialidad a nuestros descendientes.

Emplea usted palabras muy fuertes: *enfermedad, niebla, hay que yugular...* Además, recae usted en un defecto de enfoque: este *morbo* no es el *problema de Cataluña*, sino el problema de España, ese que el actual Estado de las Autonomías no ha sido capaz de solucionar y sí de agravarlo.

Muchos españoles estamos orgullosos de serlo, seamos catalanes, castellanos, vascos o murcianos; otros, en todas las regiones, se sienten indiferentes, debido a una educación *desnacionalizadora* de muchos años; otros, incluso en los territorios aparentemente más fervientes en el patriotismo, quieren dejar de ser españoles: el cáncer ha hecho metástasis en



toda la Piel de Toro, con más o menos virulencia. ¿Puede dejarse al albur de una propaganda electoral, de una votación, de un cambio de humor o de un capricho, lo que tanto ha costado en construir?

No, doña Elvira, España es irrevocable en su unidad, lo digan muchos o pocos españoles; del mismo modo que España es variada y plural, y el reconocimiento y valoración de esta diversidad no es obstáculo para su integridad.

Dice usted que *quedan pocos españoles en Cataluña*, y hace con ello causa común con periodistas y políticos que solo hablan de encuestas y tantos por ciento; ¿también cree que los *consensos* y supuestas mayorías son depositarias de la verdad y de la razón? ¿Le ha alcanzado de lleno el virus de la *posverdad*?

Somos muchos los catalanes que nos sentimos doblemente españoles, acaso por la coincidencia de colores de nuestra *senyera* y de la bandera nacional; pero, aunque solo fuéramos un puñado... Las grandes verdades no dependen de las opiniones de pocos o muchos. No necesitamos *ser acogidos*, porque nos sentimos igualmente en nuestra propia casa cuando recorremos las calles de Madrid, de Salamanca o de Sevilla. Y, frente a separatistas y separadores de otro ámbito, le diría que me siento también en mi casa cuando visito Roma, Viena o París.

Por último, se centra usted en datos económicos; lo siento, pero yo no profeso la interpretación materialista de la vida. Y muchos de los que hoy se dicen nacionalistas, tampoco. En el fondo, es un problema de emotividad exasperada, manipulada, eso sí, por una oligarquía interesada. Y eso es lo que hay que desarticular, con o sin votos, no la globalidad de la España unida y de la Cataluña española.

Porque, aunque todos los españoles estuvieran de acuerdo en desmembrar España, se trataría de un pecado mortal, digno de la cólera celeste.

Atentamente.

**E**l personaje vidrioso que representa el que ha sido reconocido como «molt honorable» Carles Puigdemont poco tiene que ver con la mítica personalidad de Guifré el Pilós. Guifré el Pilós, o Wifredo el velloso, es considerado, con más o menos fundamento histórico, padre de la patria catalana. Wifredo, aunque vasallo del rey Carlos el Calvo –paradojas de la Historia– fue figura señera para el catalanismo antifranquista, pues propició de facto la independencia de los condados catalanes respecto de la monarquía franca; y es notorio que los catalanes, obstinadamente, huyeron de cualquier adscripción al reino de los francos. De ahí su antifranquismo (por si acaso alguno había pensado en alguna otra atribución anacrónica de tan maldito calificativo). La verdad es que el único nexo certero entre Puigdemont y el noble protocatalán acaso sean las pilosidades. Las de Puigdemont, en su cuero cabelludo, son tan inextricables como sus declaraciones y proclamas; y la indómita espesura de su pelambreira es



seguro que comprometería seriamente la estabilidad de la barretina –prenda imprescindible, por otro lado, para completar el atrezzo de «caganet del siglo»: título al que sus desordenados peristaltismos, metafóricamente hablando, le han hecho merecedor indiscutible–.

No obstante, el virtual presidente de la Generalidad, nos deja a los españoles, catalanes incluidos, un espléndido legado: en cuarenta años de Régimen del 78, jamás se habían visto tantas banderas de España en ventanas y balcones (ni siquiera con ocasión

de eventos futboleros), o paseando por calles y plazas; jamás se habían dando tantos vivas a España y a su unidad; jamás se habían concitado tantos y tan variados fervores patrióticos.

Pero, ¡ojo al futuro que se avecina!

Habrà que estar atentos, primeramente, a los subidones conciliadores de los equidistantes, que son, dicho sea de paso, tan efímeros como los fervores de aquellas masas que pretenden apaciguar: si un día el viento sopla de levante, la masa se dejarà aventar, sin ningún tipo de anclaje, furiosamente hacia el ocaso; si al día siguiente sopla poniente fuerte, con el mismo desenfreno, la masa se lanzará hacia más áureos horizontes, moviéndose con aleatoria desenvoltura por la rosa de los vientos. La Historia nos ofrece granados ejemplos de semejante volubilidad.

Las masas confían sus decisiones al capricho, al que a veces se confunde con la voluntad, más que al raciocinio, y por eso son tan fácilmente manipulables. Las personas, cuanto más lo son, más difíciles resultan de teledirigir. Pero el equidistante siempre estará dispuesto a moverse hacia donde convenga para apagar fuegos con pertinacia enervante. El equidistante siempre estará atento a menudas excusas para quitar la razón a quien la tiene y, así, no indisponerse con la horda. Con mueca de superioridad intelectual y sobrevolando por encima de todo y de todos, invitará a las partes a un diálogo vacío e imposible. El equidistante rechazará siempre cualquier medida enérgica y severa, por justificada que esté, salvo que dicha medida actúe contra aquellos desdichados que ni hacen ruido ni soliviantan a las muchedumbres. Y es que el equidistante sirve siempre a la más turbia oclocracia.

Tampoco es justo que el rescoldo que dejan los ardores rojigualdas de estos días pueda quedar para alimentar charangas patrioterías de escaso calado. Ni, mucho menos, para contemplarlo en

su declive y apagamiento hasta que volvamos los españoles a esa fría indiferencia consuetudinaria que arrastramos hacia todo lo relacionado con el sano y virtuoso sentimiento de pertenencia a un proyecto común, solidario y de vocación universal, que tiene más de quinientos años de solera; esto es, al patriotismo más auténtico.

Ahora, más que nunca, se impone un esfuerzo intelectual e imaginativo, justo y razonable, para hacer del rechazo al nacionalismo particularista, diferenciador, retrógrado e insolidario, una fuerza cohesionadora, integradora, de futuro y profundamente solidaria y fraterna, tanto «ad intra» como «ad extra».

De dos maneras se podría frustrar esta oportunidad:

- Un modo sería negando el problema y sus causas; haciendo del dontancredismo y de la procrastinación de las soluciones más valientes norma política y programa tácito de gobierno. Esta ha sido la fórmula tradicionalmente usada para sobrellevar las incomodidades que la cuestión catalana –y la vasca– provocan periódicamente: procurar que todo siga igual –por aquello de «mejor no meneallo»–. Aunque hayamos de seguir cediendo al chantaje de los partidos nacionalistas para poder estabilizar gobiernos y aprobar presupuestos. Habría, por el contrario, que reformar las leyes electorales, así como las funciones y composición del Congreso y del Senado. Y, sobre todo, habría que acertar a revitalizar el proyecto común de España y hacerlo apetecible y sugestivo para todos los hombres y mujeres, independientemente de la región que habiten y de la lengua que escucharon por vez primera.
- Otra manera de frustrarla, y sería aún más grave, consistiría en asimilar los argumentos de los nacionalistas para transmutarlos en principios constitucionales. Es lo que tanto se viene oyendo de modificar la Constitución para que, en unos años y de forma legal, este tipo de referéndums se puedan plantear de un modo ordenado y pacífico, con la aquiescencia y beneplácito de todos los españoles.



El reconocimiento de las nacionalidades históricas por la Constitución del 78 fue un error; pero es exactamente la misma fórmula de «España como nación de naciones» que algunos proponen ahora. En aquella ocasión se utilizó una palabra relativa al gentilicio, la nacionalidad, para difuminar el más potente término de nación. En definitiva, lo de antes y lo que algunos pretenden ahora, de cara al futuro, quíerose o no admitir, es afirmar la existencia de unos sujetos de soberanía que pueden aspirar a fragmentar la soberanía de ese otro ente superior que es la Nación española. Se reafirman las partes para negar la existencia del todo, o, al menos, instalar las raíces de ese todo en un terreno extremadamente movedizo y superficial.

Hay que decir que tal modo de entender las relaciones entre España y sus regiones (regiones muy concretas históricamente, pues no se trata de todas) tiene sus antecedentes en un viejo régimen foral del que no hemos hecho todavía la digestión. Se trata de rescatar sin perspectiva histórica las «leyes viejas» reivindicadas tanto por tradicionalistas (sé que algunos se van a enfadar conmigo) como por jeltzales (los de Jaungoikoa eta lege zaharra, lema del PNV). Es esta la versión moderna de la vieja cuestión de las «leyes paccionadas». Y es que, para algunas cosas, en España somos muy dados a aferrarnos a la tradición; pero no con espíritu de adivinación de lo que ésta exige en tiempos modernos, sino como anclaje en un pasado que nos impide avanzar.

Ya es hora de que superemos definitivamente fórmulas antiguas. El siglo XX no ha pasado en vano; los movimientos de población de unas regiones a otras dentro de nuestra península, como consecuencia de cambios en el modelo productivo, han sido intensos y profundos. El que un tal

Sánchez, o un Rufián, aparezcan como cabezas del catalanismo es algo más que una anécdota. La deuda de Cataluña o del País Vasco con la clase obrera andaluza o extremeña –podríamos citar más regiones–, es enorme y difícilmente liquidable; la globalización a escala peninsular provocó una urdimbre de hilos y de lazos tan espesa que, hoy día, hacen imposible una desmembración que no cause jirones esperpénticos y traumáticos. Lejanas y capitidismunidas quedan las razones sentimentales de payeses y rabasaires; o las de caseros, junteros y euskaltzaleak, frente a otros problemas más actuales y acuciantes, que son comunes al resto de los que cohabitan las tierras de Cataluña o de Euskalherria.

La cultura, la lengua, la idiosincrasia de los distintos pueblos, de las regiones con fuerte personalidad que conforman nuestra Patria, han de ser protegidos, cultivados y, además, compartidos con todos los demás. Se trata de derechos que van más allá de unos supuestos «derechos de los pueblos». Son, efectivamente, y más bien, derechos de las personas que nacen y viven en, y de, una comunidad; y tienen el derecho a usar la lengua de sus padres y abuelos; el derecho a organizarse en sociedad con arreglo a ciertas peculiaridades; el derecho, en definitiva, a mantener vivas las raíces que nos aportan savia y nutrientes a todos desde el tronco común.

Pero protegidos esos derechos, así como los derechos comunes –no los olvidemos– inherentes a la condición compartida de ciudadanos y de seres humanos, nada justifica pretendidos derechos a la autodeterminación: los proclame un grupo de forma unilateral o se lo quieran reconocer, tras una reforma de la Constitución (¡ojo!), el resto de los españoles. El suicidio de España como nación sería, por mucha fórmula dialogada que se encontrase para ello, aparte de un ejercicio de soberanísima necedad, una traición a las generaciones anteriores y a las generaciones posteriores.

La Constitución del 78 dice «fundamentarse» en la indisoluble unidad de la Nación española, patria común e indivisible de todos los españoles. Es decir: esa unidad es la que le da soporte y razón de ser al ordenamiento que sigue. Pero la unidad de España no es una norma establecida, sino un hecho fundante que se reconoce.

Hay que desmitificar el poder omnímodo de las urnas, aunque a algunos esto les suene hoy a herejía. No todo se decide a votos. La Historia también emite su sufragio; y éste sí que es insobornable y sonoro. El destino de la humanidad, por encima de toda pretendida soberanía, exige recorrer un camino de retorno, en sentido inverso al seguido tras la hecatombe de Babel, para llevarnos a la situación anterior a aquel momento en que los hombres dejamos de entendernos por culpa de las lenguas y de las particularidades nativas. Los pasos dados en ese sentido son irrevocables. Y ¡Ay del que eche la vista atrás!

6

## En España empieza a amanecer

Javier R. Portella (El Manifiesto)

**S**eis meses para enmendar cuarenta años de opresión y adoctrinamiento... Seis meses: éste es el plazo durante el cual, en aplicación del artículo 155 de la Constitución, el Gobierno intervendrá la autonomía rebelde. Es poco, es insuficiente, por supuesto. Pero es mucho en comparación con los dos o tres mesecitos que uno podía temerse. Y es mucho, es infinito, en comparación con la intervención «a la carta» (sólo algunas muy precisas competencias) que también –con las presiones del PSOE por en medio– habían dejado entrever.

Lo intervienen todo, todito, todo. Desde la Presidencia de la Generalidad hasta la totalidad de sus Consejerías. Sin olvidar el Parlamento catalán, que no es disuelto formalmente: sólo de facto. Será a partir de los ministerios del Interior y de Educación y Cultura desde donde se tomarán las medidas necesarias –esperemos que no les tiemble el pulso– tanto para impedir la insurrección de los Mozos de Escuadra como para limitar (en sólo seis meses eso no hay quien lo invierta) el adoctrinamiento en las aulas y en las teles.

¿Cómo reaccionará el enemigo? Cocomocho y sus secuaces, ¿van a atrincherarse (lo anunciaba hoy mismo *El Confidencial*) en el, por lo demás, tan precioso palacio gótico de la Generalidad, así como en el conjunto de sus edificios? ¿Van a colocar a las hordas como defensa de tales atrincheramientos a fin de que nuestras fuerzas tengan que intervenir y se puedan generar sanguinolentas imágenes con las que hacer gemir a las lloronas de Europa y del mundo? Lo pueden hacer, desde luego: uno, dos, tres días... Pero ¿más? Son muchos los edificios a proteger y serían muchos miles quienes deberían integrar unas hordas instaladas en pie de guerra las 24 horas del día.

¿Se atreverán a dar el siguiente y gravísimo paso: hacer que los Mozos que les sean afines defiendan con las armas tales atrincheramientos? No lo creo: la cobardía, como se demostró en octubre del 34, es lo que suele anidar debajo de las bravatas de los matones del independentismo. Todo es posible, sin embargo. Ahora bien, si sobre sus espaldas cayeran los primeros muertos, la causa y la propaganda -no ya independentista: catalanista- quedaría definitivamente muerta y enterrada. Se supone que entonces sí los partidos golpistas serían legalmente disueltos.

¿Y qué pasará con el boicot o el sabotaje que pueden tan fácilmente ejercer los jefes y funcionarios de la Generalidad? ¿Tratarán de este modo de impedir o, como mínimo, de obstaculizar la gestión de lo que van a denominar «el gobierno de ocupación»?

Tratarlo, claro que lo tratarán. Pero pronto se acabarán sus ínfulas: tan pronto como empiecen a caer -esperemos de nuevo que siga sin temblarles el hasta hoy gelatinoso pulso- los primeros despidos, los primeros sueldos no percibidos, las primeras detenciones también si los boicots y sabotajes así lo requirieran.

¿Cómo entender la inusitada firmeza que, por primera vez en cuarenta años, despliega hoy el Gobierno de la nación? Dos razones permiten entenderlo. La primera es que los sediciosos han llegado demasiado lejos: o era esto, o ponerse a «dialogar», es decir, a pastelear cualquier apañón con ellos. No cabe duda: eran las componendas lo que les pedía el cuerpo tanto a peberos como a sociatas. ¿Por qué no lo han hecho? ¿Por qué Rajoy ha acabado haciendo «lo que no quiero -así decía- tener que hacer»? Sólo la reacción multitudinaria del pueblo español, sólo su milagroso renacimiento de estos días, permite explicarlo. La casta gobernante sabe o intuye que cualquier otra reacción por parte de ellos podría acabar poniéndoles en la picota.



7

## Stanley G. Payne, sobre Cataluña

### *El Independiente*

Una vez más Stanley G. Payne viene a sacarnos de dudas. Lo que venimos repitiendo durante 40 años, el historiador norteamericano lo escribe ahora como novedad y nos lo cuenta con algunas dosis personales. A lo mejor ahora los españoles se lo creen y también sirve para que fuera de nuestras fronteras abran los ojos y el entendimiento.

**E**l historiador Stanley G. Payne, quien ha publicado el libro *En defensa de España* (Espasa), ha asegurado que en Cataluña ha habido «un proceso de reeducación y extorsión fundamental» de la Historia que podría llevar a una «ruptura» de España, aunque «no sea total».

«Hemos tenido en casi 40 años un proceso de reeducación y extorsión fundamental de la historia en escuelas, en todos los medios, y se ha creado un concepto de historia de Cataluña y

País Vasco en el que se ha tergiversado todo», ha señalado en una entrevista con Europa Press el historiador.

En este sentido, ha recordado que nadie, salvo Navarra y la Corona de Aragón, fueron independientes «en términos históricos» en España. «Cataluña nunca ha sido un principado independiente en ningún momento de su historia, sí ha tenido autonomía durante la Edad Media y también en la Edad Moderna, pero autonomía e independencia son cosas diferentes», ha señalado.

Payne entiende que, pese a tener «paralelismos» con la situación política en la España de los años 30 del siglo pasado y que «pueda haber una mayor ilegalidad», esta situación «no llevará a una Guerra Civil». «No se va a llegar a ese punto de violencia porque la inmensa mayoría de los españoles, hasta los más radicales, no alcanzan ese nivel de radicalización de otras épocas», ha apuntado.



En su libro, el historiador se dedica a desmontar los «mitos y leyendas negras» en torno a España, de cuya responsabilidad entiende que tiene mucha culpa el llamado «pensamiento único». «El pensamiento único que ahora está tan de moda rechaza la Historia de Occidente porque cree que no es correcta», ha lamentado.

Por ejemplo, en el caso de España ve un ejemplo «muy claro» con el periodo del general Franco en el poder. «Es muy complicado hablar de esto, porque es evidente que fue una dictadura personalista y eso hay que reconocerlo desde el principio. Pero también que hubo una modernización de España –salvando la política, que eso llegó con la democracia– que llegó de la mano del régimen en su segunda mitad y no ha sido reconocido», ha defendido.

También la llegada de los españoles a América cree que es otro de los apartados en los que, pese a «dosis de verdad», se ha generado una «distorsión». «Algunos españoles cometieron atrocidades, pero de ahí a hablar de genocidio sin atender a las grandes epidemias que sufrieron los indios al contacto con los europeos...», ha señalado.

Por último, el historiador ha apuntado al «atraso en la modernización» como la cuestión clave que ha lastrado a España en los últimos siglos. «Ha sido un problema por tres siglos y, en algunos momentos, sirvió para hacer crítica constructiva, algo que cambió en el siglo XIX», ha concluido.

8

## Sacar los tanques... del Báltico

Sertorio (El Manifiesto)

**A**caba de aparecer un artículo de Fernando Paz en *La Gaceta* que no tiene desperdicio; se titula: «De Rusia a Letonia pasando por Suiza, los apoyos internacionales del procès» y recomiendo vivamente al lector que lo lea y se asombre. Yo todavía estoy con los ojos como platos, el alma en suspenso y el pasmo dibujado en el rostro. Los apoyos principales a los traidores de la Generalidad vienen de Bélgica, Dinamarca, Eslovenia y demás socios de la UE y de la OTAN. ¡Vivir para ver! ¿Para qué tenemos un Cuerpo Diplomático? ¿Para ir a las fiestas? ¿Para beber cócteles? Una administración regional ha sido mucho más eficaz en su campaña internacional que los carísimos funcionarios de Exteriores.

En los últimos tiempos se ha acusado a Rusia de estar detrás del procés, al igual que de influir en las elecciones americanas y francesas y, suponemos, de provocar los últimos huracanes y terremotos que han assolado nuestro planeta. La maldad de Putin sólo es comparable con la de Fumanchú, Lex Luthor y Yoko Ono. Un vocero del régimen, Esteban González Pons, acusó al omnipresente demonio del Kremlin de inspirar el procés, pero sin aducir pruebas; por supuesto, no hacen falta, todo el mundo sabe que Moscú anda tras todas las calamidades que nos azotan (por cierto, ¿y los incendios de Galicia?, ¿no estará la larga mano de la oprichnina moscovita detrás del genocidio del pino galaico?, ¿a qué espera González Pons para denunciar al ruso eucaliptícida?). Con todo, la cosa tiene su lógica: España es el eslabón débil de la Alianza Atlántica y balcanizarla –porque, después de Cataluña, el País Vasco, Navarra y Baleares se lanzarían a la aventura del estadito propio– pondría en grave riesgo la estabilidad euromediterránea, ahora bajo la hegemonía de Washington. Sin embargo, no es así: al contrario, Moscú se ha mostrado muy respetuoso y considera esta farsa del procés como un asunto interno



español del que espera una pronta y feliz solución. Su mejor aliada, la pequeña y valiente Serbia, víctima de Javier Solana y de nuestra diplomacia, es uno de los pocos países que se ha puesto decididamente del lado de Madrid, pese a todo el mal que les hemos hecho. ¿Cuándo responderá Solana de sus crímenes contra el pueblo serbio? ¿Ubi sunt los de la memoria histórica?

No, esta vez Rusia no es culpable, pese a lo que piensen los jerarcas del régimen. Nuestros enemigos son otros y, encima, se hallan bajo protección española. Sí, amigo lector, Estonia, Letonia y Lituania, a los que nuestro ejército protege con un carísimo despliegue de tanques Leopard que tú y yo, sufridos contribuyentes, pagamos, son los países que apoyan con mayor decisión a los separatistas catalanes y han otorgado apoyo oficial al procés. Tras esto, lo menos que podíamos hacer los españoles es retirar a nuestras tropas de esos países enemigos y recomendar a los rusos que intervengan a la chechena en las repúblicas bálticas. ¿Qué gobierno padecemos en España que defiende a semejante gentuza? ¿Qué aliados son estos que nos apuñalan por defenderlos? ¿Podemos aún ser más estúpidos? ¿De qué sirven nuestras embajadas en Tallin, Riga y Vilna?

Para colmo de males, el parlamento de Finlandia ha condenado la violencia policial española y se ha puesto del lado de los sediciosos. Los daneses, que son todos cinturón negro de progresismo, también simpatizan con las piaras de estelados. Y no hablemos de Bélgica, esa hija bastarda de España, cuyos flamencos se apuntan por poderes a la kermesse heroica catalana.

Mientras, nosotros amenazamos las fronteras de una Rusia que no nos ha hecho nada y que tiene sobrados motivos para darnos una dura retribución. De nuevo me pregunto: ¿qué coño hacemos en el Báltico sirviendo de cipayos a los señoritos escandinavos? Retiremos los tanques y que cada palo aguante su vela. Que los defienda Puigdemont.

9

## Entender la cuestión catalana

**Arnaud Imatz** (Traducido por Ester Herrera)

Texto original en francés: nº 296 de la Gaceta

**E**l 30 de noviembre de 1934 un joven diputado madrileño declaraba en el Parlamento español: «(...) para muchos, el problema catalán es un simple artificio y, para otros, no es más que un asunto de codicia; sin embargo, estas dos actitudes son perfectamente injustas y desacertadas. Cataluña es muchas cosas a la vez, y mucho más profundas que un simple pueblo de mercaderes. Cataluña es un pueblo profundamente sentimental; el problema de Cataluña no es sobre importaciones y exportaciones; es un

problema –muy difícil–, un problema de sentimientos». Jordi Pujol, Presidente de la Generalidad durante cerca de un cuarto de siglo, dijo un día del autor de esas frases que era uno «de los que mejor había entendido a Cataluña, y en circunstancias muy difíciles» (*Tiempo*, 22 de diciembre de 1997, nº 816). Para escándalo de los guardianes de lo históricamente correcto, se refería al abogado y fundador de la Falange Española, José Antonio Primo de Rivera.

La cuestión catalana es, hoy como ayer, sobre todo histórico-afectiva, después política y, luego, económica. Desde 1980 y sobre todo desde 2010, el 11 de septiembre de cada año se movilizan enormes masas de ciudadanos en Cataluña para manifestarse a favor de la independencia. La Diada es la fiesta nacional que conmemora la caída de Barcelona ante las tropas de Felipe V, nieto de Luis XIV, el 11 de septiembre de 1714. En cuarenta años desde la transición a la democracia, el problema catalán no ha hecho sino agravarse. Cerca del 40% del electorado catalán ya no se contenta con el Estatuto de Autonomía, que fue aprobado en dos tiempos: Primero en 1979 y, de nuevo, con otras competencias añadidas, después del referéndum de 2006 (73,9% de voto favorable). La mayoría de la clase política catalana actual (unión circunstancial de independentistas de derecha y de extrema izquierda) considera la autonomía de la que ha beneficiado hasta ahora como muy insuficiente. No solamente el regionalismo, sino también el



federalismo sobre el modelo suizo, alemán o de EE.UU. son vías muertas y enterradas. Ya no se quiere más que una cosa: Dar el paso hacia la independencia.

El referéndum del 1 de octubre de 2017, organizado por las autoridades catalanas violando la Constitución (ley fundamental de la democracia española) ha demostrado esta voluntad secesionista. Una parodia de referéndum, abiertamente anticonstitucional, que fue ampliamente improvisada. No había listas electorales, las urnas estaban en la calle y donde los electores podían votar varias veces sin ser controlados. Según la Generalidad, 90% de los votos

fueron favorables a la independencia. La participación habría sido, según la misma fuente, del 42% (2.200.000 personas sobre 5.300.000 llamadas a votar). Si quitamos el 10% del «no», resulta entre un 38 y 40% del electorado que se habría manifestado a favor de la independencia. De cualquier forma, después de décadas marcadas a la vez por la pusilanimidad del Gobierno central de Madrid y la combatividad creciente de los independentistas catalanes, la secesión no parece ya una hipótesis increíble.

Como todos los nacionalismos, el nacionalismo catalán encuentra su fuerza tanto en la conciencia y la voluntad de ser una comunidad con un destino, como en la existencia de una lengua, un territorio y un particularismo histórico-cultural. Pero, dicho esto, la historia milenaria de Cataluña y de su lengua son las claves para la comprensión de su identidad.

La provincia romana de Hispania citerior (mitad norte de la Península Ibérica) fue fundada en 195 a.C. Era administrada desde Tarraco (la Tarragona actual), ciudad donde los visigodos se instalaron en 410 d.C. Al final del siglo VIII, después de la invasión musulmana, el imperio carolingio fijó su frontera político-militar en la parte oriental del Pirineo. Era la famosa Marca Hispánica, organizada en condados, como los de Pallars, Ribagorza, Urgell, Cerdaña, Barcelona, Gerona, Osona, Ampurias y Rosellón. A lo largo de los siglos siguientes, los condes de Barcelona desarrollaron su territorio mediante una serie de alianzas matrimoniales, herencias y conquistas. En 1150, el conde Ramón Berenguer IV contrae matrimonio con Petronila de Aragón. Su hijo Alfonso II se convierte en rey de Aragón y conde de Barcelona. Otra unión dinástica con consecuencias capitales para España: El matrimonio de Fernando de Aragón e Isabel la Católica, reina de Castilla, en 1469, que permite unificar el país, aunque cada reino conserva sus instituciones y leyes propias. En el siglo XVI, Cataluña tuvo un virrey, el arzobispo de Tarragona, nombrado por el emperador Carlos V. Por primera vez, el territorio aparece gobernado como una región unificada.

A lo largo de la guerra de los Treinta Años (1618-1648) los franceses conquistan el Rosellón. Para hacer frente a los gastos de guerra, el conde-duque de Olivares, Primer Ministro de Felipe IV, decide aumentar los impuestos y reclutar soldados catalanes. Estas medidas provocan inmediatamente la hostilidad de los campesinos y de una parte de las autoridades catalanas. Los obispos de Vic y Barcelona se presentan en su capital a la cabeza de 3.000 campesinos rebeldes. El 16 de enero de 1641, el Presidente de la Generalidad,

Pau Claris, proclama la República independiente de Cataluña bajo la protección del rey de Francia. Pero duda, lo reconsidera y, el 23 del mismo mes, somete completamente Cataluña a Luis XIII de Francia. Felipe V la recuperará, sin el Rosellón, diez años más tarde en la firma del Tratado de los Pirineos (1659).

A la muerte de Carlos II, «el Hechizado», último monarca de los Habsburgo, una guerra de sucesión estalla entre dos pretendientes: Felipe V, de la Casa de Borbón, nieto de Luis XIV, y el Archiduque Carlos de Austria (futuro Carlos VI, soberano del Sacro Imperio). Castilla y Navarra se unen sin dudar al bando de Felipe V, pero la Corona de Aragón, que posee el territorio de Cataluña, se pronuncia por Carlos III. Después de varios años de conflicto (1701-1715), los Borbones ganan la guerra. Tras su victoria, Felipe V firma los Decretos de Nueva Planta (1707-1716) que siguen el modelo francés de centralización del Estado y que modifican profundamente las instituciones tradicionales de «las Españas» (fueros, costumbres y libertades civiles de los reinos de Castilla, Aragón, Valencia, Mallorca y Principado de Cataluña se ven limitados y reducidos).

Las primeras disposiciones legales contra la lengua catalana se adoptan en los siglos XVIII y XIX por reformistas francófilos, masones y liberales de izquierda. Para ellos, el castellano debe ser la lengua modernizadora de España a imagen del francés en Francia. La lista de personalidades de esta élite ilustrada es muy clara: encontramos al conde de Aranda, al conde de Floridablanca, Manuel Godoy, Manuel José Quintana, Juan Álvarez Mendizábal, Claudio Moyano, Leopoldo O'Donnell, Práxedes Mateo Sagasta o el conde de Romanones.

En 1812, después de la invasión de Napoleón, Cataluña es dividida en cuatro departamentos e incorporada al Imperio francés. La ciudadanía no tarda en rebelarse como en el resto de España y se fuerza al ocupante a retirarse en 1814. España sale exhausta de la aventura napoleónica. De nuevo en 1823 un contingente de la armada francesa interviene (los Cien Mil Hijos de San Luis) pero, esta vez, con el acuerdo de la Santa Alianza. Las guerras de independencia hispanoamericanas (1810-1823) dan la puntilla al Imperio español. Construido sobre el modelo liberal-jacobino francés, el Estado-Nación que le reemplaza nunca llegará a consolidarse del todo. A lo largo del siglo XIX, los golpes de estado militar/liberales se suceden a buen ritmo (treinta y tres golpes sobre treinta y cinco son «progresistas» de 1814 a 1884). En varias ocasiones, la guerra civil estalla. La Primera Guerra Carlista (1833-1840) opone la España tradicional del infante Carlos de Borbón a la España liberal de los partidarios de Isabel II. Cataluña se moviliza ampliamente a favor de los carlistas. Realiza la misma elección durante la Segunda Guerra Carlista (1846-1849) y su territorio es incluso el teatro principal de operaciones militares.



A partir del segundo tercio del siglo XIX, el movimiento cultural «Renaixença» comienza a desarrollarse. Contribuye a la supervivencia de las tradiciones y de la lengua catalana. Tiene el apoyo de la Iglesia, a través del obispo y escritor Torras y Bages, y del sacerdote y poeta Jacinto Verdaguer. Las normas del catalán moderno serían fijadas más tarde, a comienzos del siglo XX, por el lingüista Pompeu Fabra.

El catalanismo político nace, por otra parte, en los años 1880. Sus primeras personalidades más notorias son los federalistas republicanos Francisco Pi y Margall (Presidente de la Primera República española, en 1873) y Valentí Almirall. Se fundan tres partidos en pocos años: La Lliga de Catalunya, en 1887, Unió catalanista en 1891 y al Lliga Regionalista de Enric Prat y Francesc Cambó, en 1901. La ideología de estos partidos es regionalista, conservadora e interclasista. Su principal éxito es la obtención de la Mancomunidad de Cataluña en 1914. Esta institución funciona hasta 1925. Agrupa las cuatro provincias catalanas (Barcelona, Tarragona, Lérida y Gerona) y permite una cierta gestión político-administrativa común.

Los años 1922 y 1931 ven el nacimiento de otros dos partidos independentistas de centro-izquierda: Estat Catalá, del militar y masón Francesc Macià, y Esquerra Republicana, de F. Macià, Lluís Companys y Josep Tarradellas. En esa época, los inmigrantes que se ven atraídos por la Cataluña industrial vienen de las clases populares del sur de España y son profundamente antinacionalistas. Simpatizan y militan sobre todo en la CNT anarquista, pero también en la federación catalana del PSOE, y consideran el nacionalismo catalán como un movimiento burgués. Sus descendientes, de origen principalmente andaluz, constituyen

hoy una buena parte de la población catalana.

Tras la llegada de la Segunda República (14 de abril de 1931), el presidente de Esquerra Republicana, Francesc Macià, proclama desde el Palacio de la Generalidad: «La República catalana como estado integrante de la Federación ibérica». Un año y medio más tarde, el 9 de septiembre de 1932, las Cortes españolas adoptan el primer Estatuto de Autonomía de Cataluña. A partir de entonces, existen un gobierno y un parlamento en Barcelona. Pero en octubre de 1934, en medio de la revolución socialista, el presidente de la Generalidad, Lluís Companys, ofrece su apoyo a los revolucionarios contra el gobierno de la República dirigida por el líder del Partido Radical, Alejandro Lerroux. Por su parte, Companys afirma desde el balcón de la Generalidad: «El Gobierno que yo presido asume todas las facultades del poder en Cataluña y proclama el Estado catalán en la República Federal Española». Pero después del fracaso de la revolución socialista, el Estatuto de Autonomía es suspendido por el Gobierno central. No será restablecido hasta después de las elecciones de febrero de 1936, tras la victoria del Frente Popular.

Después de la Guerra Civil (1936-1939), bajo la dictadura de Franco (1939-1975), el nacionalismo y el separatismo catalanes son severamente reprimidos. La oposición nacionalista y separatista catalanas están prácticamente ausentes durante el franquismo. La única resistencia seria y amenazadora para el régimen viene entonces de los anarquistas, los comunistas y los nacionalistas vascos. No hay que olvidar tampoco que, durante la Guerra Civil, una parte del catalanismo político (sobre todo los miembros de la Lliga Regionalista y de la Lliga Catalana de Francesc Cambó) combatió con convicción en las filas del bando nacional. Buen número de catalanes acogió con entusiasmo a las tropas de Franco en Barcelona, en enero de 1939. Entre los vencedores, hay intelectuales y artistas catalanes prestigiosos como Josep Pla, Eugenio d'Ors, Salvador Dalí, José María Sert, Fernando Valls Taberner o Martín de Riquer. Durante los primeros años del régimen franquista, la lengua catalana es reprimida y combatida como «vehículo del separatismo». Pero a partir de 1944-1950 una cierta liberalización cultural permite la enseñanza de la filología catalana, la publicación de libros y las representaciones teatrales en catalán. Cataluña será una de las regiones que se beneficiará más del «milagro económico español» de los años 1959-1973.

En 1978, la Constitución de la España democrática generaliza el principio autonómico. Se crean diecisiete comunidades autónomas (más dos ciudades autónomas, Ceuta y Melilla). Cataluña es definida como



«nacionalidad» y el catalán es declarado oficial al mismo nivel que el español. Durante veintiocho años (de 1980 a 2003 y de 2010 a 2015) Cataluña tiene gobiernos de los nacionalistas de CiU, una federación de partidos cuya ideología es liberal y demócrata-cristiana. Una coalición de izquierdas (PSC, Iniciativa per Catalunya Verds y nacionalistas de Esquerra Republicana) conseguirá el poder durante siete años solamente.

Durante las últimas elecciones al Parlamento de Cataluña, en septiembre de 2015, las dos coaliciones independentistas que apoyan el proceso de secesión de España y que reivindican también la Cataluña francesa, Junts pel sí y la CUP, obtienen la mayoría de escaños (respectivamente 62 y 10 sobre un total de 135). El nacionalismo radical es hoy, sin ninguna duda, la fuerza política hegemónica de Cataluña. Pero en el futuro tendrán que gestionar el aumento constante del número de inmigrantes extranjeros (15% de la población, en particular de origen africano) y la presencia mayoritaria de castellano-parlantes (57% de la población).

¿Cataluña con o sin España? La respuesta pertenece teóricamente al conjunto del pueblo español, y no solo al pueblo catalán. La Constitución española reconoce y garantiza el derecho a la autonomía de las nacionalidades y de las regiones, pero apuntilla que «tiene como fundamento la unidad indisoluble de la nación española, patria común e indivisible de todos los españoles». Fuera de la revolución, la única vía posible para la autodeterminación es: Primero, que el Parlamento catalán proponga a las Cortes Generales una reforma de la Constitución y, segundo, que el pueblo español se pronuncie democráticamente en última instancia.

Dicho esto, en la práctica y por voluntad de la clase política española, la respuesta depende también en buena medida de lo que digan las autoridades de la Unión Europea. «Los kosovares nos han enseñado el camino a seguir», repiten incansablemente los independentistas catalanes. Les gusta también compararse a los irlandeses reprimidos por los británicos. Pero, ironías de la Historia, la cuestión es que los catalanes no han sido nunca víctimas de un Estado jacobino centralista y represivo, como suelen decir, ni tampoco

«robados y condenados a pagar por el resto de España». Antes al contrario, Cataluña siempre ha sido una de las regiones más privilegiadas de España. En cuanto a la comparación que les gusta hacer a los independentistas catalanes entre, por un lado, los neoliberales españoles (conservadores liberales del PP y socio-liberales del PSOE), todos mundialistas, atlantistas, multiculturalistas y eurófilos y, por otro lado, los «liberales jacobinos» y los «franquistas/fascistas» de antaño, eso es una gran patraña.

Si quieres recibir la Gaceta en tu dirección, o que la reciban tus amigos, envíanos las correspondientes direcciones a: [secretaria@fundacionjoseantonio.es](mailto:secretaria@fundacionjoseantonio.es).

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea.

Puedes realizar tu ingreso en la cuenta abierta a nombre de la Fundación

**ES23.0019.0050.0140.1010.8382**

O pinchando en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.